

Gustavo Labarca Garat

Bajo la mirada de los dioses

(BOMBAY)

CIUDADES DE ORIENTE.

Unas cuantas páginas no son suficientes para dar una idea de esta ciudad, una de las principales y más atractivas de la India, enorme y misterioso país, que proporciona material para un monte—tan alto como el Himalaya—de libros, quedando todavía inédito.

Presento, pues, sólo algunas instantáneas de mi visita a Bombay, ciudad en la cual, más que en las colonias indoportuguesas se siente o se presiente el alma de la India.

CIUDADES CON NOCHES «A GIORNO».

La guerra extingue las luces de las grandes ciudades que cifraron su orgullo en suprimir las noches al hacerlas tan claras como el día.

París, Viena, New-York en Occidente; Tokio y Shangay en el Asia, proyectaron la fantástica irradiación de sus noches «a giorno».

En los días de mi visita, la amenaza de los bombardeos, las

dejaba en tinieblas, acabando con sus orgías de champaña y de luz artificial.

Más, Bombay continuaba encendida de resplandores.

Su bahía enorme y poderosa, sus palmeras recortadas entre los rayos eléctricos, sus calles, sus avenidas y sus grandes *buildings*, cuyas vitrinas muestran sus objetos de venta al resplandor de focos innumerables. Avisos multicolores, *dancings* y *cabarets* con sus puertas radiantes de lamparillas. Cinematógrafos, portales y plazas iluminados por el fulgor opalino de los tubos fluorescentes.

Y allá, en las selvas, entre los juncos, por encima de los remansos, vierte la luna sus reflejos aclarando la silueta de los elefantes con sus trompas arqueadas y la arquitectura de los templos de marfil circundados por estanques de orquídeas doradas. La lumbre inmensa, penetra por los resquicios de las cavernas y destaca la faz imperturbable de los dioses milenarios que moran en el infinito silencio de la noche y del tiempo...

ALFA Y OMEGA.

Dios, principio y fin de todas las cosas.

Así lo creen los pueblos primitivos.

Nacen, se desarrollan, mueren y a cada paso marcan la huella de sus sentimientos religiosos, de sus ideas panteístas o de sus bajas supersticiones.

De este modo me explico el origen del nombre de Bombay: la diosa de esta región, se llama Monbadavi en el dialecto provincial, palabra que, acomodada a nuestra fonética, toma el sonido de Bombay.

A la diosa Monbadavi se dedica el templo más importante de la ciudad, si bien no el más antiguo, que desapareció hace ya tiempo. El actual, fué levantado hacia 1802, sobre líneas arquitectónicas bastante modernas. En su interior, se encuentra

el Santuario Muslim, antiguo templo hindú de la montaña de Mallabar.

La colonización inglesa, ostenta aquí, como siempre, su obra externa, mirando sólo a lo tangible que no por ello del todo insignificante.

En 1661, fecha en que Bombay pasa del poder portugués al de Inglaterra, el puerto hindú renueva su fachada y se yergue con su inevitable coraza de cemento armado, se troca en plaza fuerte, se provee de Corte de Justicia, de Palacio Administrativo, de espléndidos muelles para el ajetreo comercial y para el intercambio de pasajeros efectuado por grandes líneas marítimas. Los sistemas de provisión de agua y de drenaje, nada envidian a las mejores construcciones de los mejores puertos.

Los sabios palentólogos establecen un Museo que bautizan con el nombre del Príncipe de Gales. Se levanta una mezquita al estilo bijapur. Se funda el Real Colegio de Ciencia y el Taj-Mahal-Hotel, sirve buenas comidas y capitosos licòres.

ESPÍAS AVENTUREROS Y MALEANTES.

En ese medio cosmopolita, va y viene un mar de gente extraña y desconfiada.

Bombay, fué uno de los grandes cuarteles del espionaje en la pasada guerra, tan considerable como Shangai o Estambul.

El espionaje de Bombay, era elegante y perfumado, no al estilo del espionaje criollo, que no pasaba más allá de una torpe clave y de un radio de onda corta.

Allá, actuaron las mujeres hermosas, jugando con los altos secretos militares; los bellos ojos exóticos que enloquecen, mienten y traicionan. Hubo crímenes siniestros que permanecieron enterrados en la incógnita. En todo centro de reunión, respirábase una atmósfera de recelos. El paso de una beldad rubia, de tez bronceada, rutilante de joyas, provocaba un sospechoso rumor que iba a ahogarse en el estrépito del «jazz» o en los vasos de whisky, incansablemente exprimidos.

Se veía lucrar, también, allí a los aventureros.

El recién llegado confunde en el *hall* del Gran Hotel, a la sirena con la dama, al señorito con el «gigoló». Unos y otros compiten en su existencia parasitaria, con su neurótica sed de emociones violentas.

Los malhechores encuentran en Bombay, su campo más propicio: el ladrón elegante que se levanta una fortuna en joyas o que completa, con habilidad profesional, una estafa por un millón de libras esterlinas; el asesino venal a quien un magnate encargara de ejecutar cierta venganza; los traficantes que se enriquecen con el expendio del opio, de la morfina y de la coca; reos prófugos de todos los países, que eluden saldar sus cuentas con la Justicia, se deslizan todos ellos, cual sombras, por el escenario de Bombay. No faltan los desengañados que tratan de anestesiar sus penas ignoradas con los estupefacientes del ruido, del alcohol o del amor.

ESCENAS CALLEJERAS.

Aquí advertimos la característica general de los pueblos hindúes, o sea, la riqueza de contrastes con que golpea la atención del observador: la miseria y la opulencia, por ejemplo, presentanse definida e inconfundiblemente.

En nuestro mundo, y hasta donde nos es dado conocer, hay pobres, medianos y ricos. Más, unos y otros viven en trance de evolucionar, de modo que el pobre de hoy se transforma en el burgués de mañana, en el potentado de la próxima generación.

En la India, no.

Los pobres lo son irremediablemente. Su inopia llega a los peores extremos: el hambre, la desnudez, la ignorancia bestial (1), el abandono.

(1) ¿Bestial? Los elefantes, los monos y las vacas sagradas, disfrutan de mayor bienestar y hasta de honores de los que carecen, la gran mayoría de los seres humanos.

Los hindúes trabajan como siervos, sin salario; duermen bajo la plaga del calor; gritan los niños desnudos; se mueren de hambre las mujeres con sus críos en los brazos; la división de castas considera a los parias como a perros malditos.

Los mercados típicos son de extraordinario colorido. Cerca de ellos, suelen situarse los fakires o los encantadores de serpientes, realizando sus pruebas portentosas. Las serpientes de la India, demuestran ser unos reptiles de pésimo gusto, de mani-fiesta incultura musical, puesto que se extasían con el flautín desafinado de un mago. Pero esto mismo no es tan impresionante como el espectáculo de un fakir que devora cuchillos, llaves y navajas de afeitar.

A MORADA DE LOS DIOSES.

Admirables leones de piedra guardan la entrada de la gruta de Elefanta, la morada de los dioses de Bombay.

Las gradas y portales están ornados de *linghams* negros y de *yonis* blancos, y de una multitud de símbolos cínicos, obscenos, triunfantes atributos de sus divinidades tutelares.

El santuario está enclavado en el corazón de la dura roca,

Al principio, hay una pequeña caverna, atrio principal que contiene la mesa de las ofrendas, cubierta por un manto de gardenias. Al fondo está la entrada del sacratísimo lugar: dos portales de bronce con una enorme cerradura de hierro.

Al abrirse la puerta del fondo, descubriendo los grandes ídolos pintados, es como si se destapase un balsamario de perfumes preciosos. Las esencias de rosas y de sándalos, esparcidos cotidianamente, las gardenias y las tuberosas, formando en tierra una alfombra blanca, embalsaman hasta embriagar.

Los dioses que aquí habitan en una penumbra constante de subterráneos, están eternamente bañados en aromas exquisitos.

Diosas de doce pies de altura, talladas en la misma roca, guarnecen las paredes con sus grandes cuerpos, unos junto a otros. Tienen el rostro amarillo, del color de los hábitos de los bonzos, y su tocado llega hasta la bóveda. Un Buda de tamaño gigantesco, está al centro, con su aire de eterno soñador, y otros dioses menores de tamaño de muñecas, se agrupan a sus rodillas, bajo las miradas de las diosas gigantes que forman el círculo.

A pesar del brillo de sus ornamentos de oro, de los colores aún frescos de sus ropajes de piedra, estas figuras de prolongados ojos, denotan su asombrosa antigüedad.

Mi repentina visita, hace penetrar en su gruta, un destello del día y les permite distinguir, más allá del vestíbulo abierto, el pueblo de sus adoradores. Yo los miro un instante, casi aterrado de encontrarme tan cerca de ellos. Y me marché, dejando que el sacerdote cierre presuntuoso el sagrado armario, a fin de que los moradores de la roca, vuelvan a sumergirse en sus tinieblas y en su perfumado silencio.